

# OMER E M E T H

Destino singular el de Omer Emeth. Vino de Francia, tierra a la que se sentía apasionadamente ligado, regresó a ella después de largos años de ausencia, en un viaje que parecía sin retorno, y un día se encontró de nuevo entre nosotros, esta vez para morir. No había vivido en vano en Chile, y, por lo mismo, la tierra de adopción le atrajo con los secretos lazos de una simpatía que él había creado a lo largo de su fecunda labor de crítico y de sacerdote. La literatura chilena le debe pasión y fervor.

La naturaleza siempre vigilante de este estudioso voraz, que no descansó nun-

ca en su tarea de perseguir la huella del alma en los libros, estuvo siempre pronta, especialmente en sus primeros años de labor, para exaltar lo que había de interesante en nuestras letras.

Fué el animador de una literatura que por entonces carecía de un animador. El gusto por lo nacional, el sentido de la tierra chilena que los escritores de la generación literaria de 1900 hacían vibrar en sus libros, fueron comprendidos por ese sacerdote que entonces nadie conocía, pero que cada semana ataba a su personal punto de vista, nuevos simpatizantes. Los primeros libros literarios que comentó fueron los libros de interpretación de la vida campesina. No había severidad sino para lo que él conceptuaba mediocre, ni ceño adusto de dominio, no obstante haber revelado de súbito una cultura poco común. Al revés de Groussac en Argentina, francés y hombre de letras radicado en aquella tierra, no fué implacable con los escritores nacionales. Tuvo la serenidad ponderada del crítico que adivina los comienzos penosos de una literatura de interpretación criolla, y el buen juicio para comprender que ella estaba destinada a fortalecer el entendimiento de la propia tierra y a crear formas nuevas de afirmación.

La labor crítica fatiga, a la larga. Llena de desazón porque es la función más dura de las letras. Donde se cree encontrar una comprensión se tropieza con una sordera invencible, una deslealtad o la inevitable insensibilidad. Omer Emeth sintió todo eso a través de sus largos años de crítico. Y tuvo, por lo mismo, períodos agrios y desapacibles.

La crítica franquea ciertamente grandes satisfacciones; cuando se logra ciavar en la médula del libro analizado la flecha de la adivinación artística. Es un proceso noble en el que el creador y el intérprete se unen en un mismo goce. Pero los ambientes como el nuestro, no han logrado aún la madurez intelectual que permite desprender la crítica literaria de la pasión personal o de pasiones de otro orden.

Al estallar la guerra de 1914 Omer Emeth sufrió en su espíritu de francés apasionado, sacudimientos fundamentales. Ellos iban a determinar más tarde una posición distinta para juzgar los libros. La tormenta lo envolvió entre sus ráfagas, y junto con la desgarradura de su patria, que tantos dolores le ocasionó, comenzó a sentir que el eje de las grandes inquietudes estaba en Europa, y que nuevos caminos se habían abierto a la humanidad. La literatura chilena le preocupó menos y el "maurrasiano" que latía en su corazón vehementemente, se entregó casi por entero a las cosas europeas. Los libros chilenos comenzaron a amontonarse en su escritorio, y ya su crónica semanal no fué como antes, en los primeros años, el tapete de interesantes discusiones sobre temas nacionales. No decimos esto como un reproche. El espíritu de Don Emilio, como le decían, había cambiado de rumbo, y era lógico que ese apasionado de Francia cuya sangre hervía en sus venas, volviera la cabeza y el corazón hacia la tierra de sus mayores.

Pero no puede negarse su influencia en la literatura chilena, especialmente en los primeros años de su labor

crítica. La cultura sólida de Omer Emeth fué también un guía seguro en su viaje a través de los libros, y si algunas veces fué áspero y rudo con los autores, fueron más abundantes las ocasiones en que su juicio estuvo revestido de justicia y de sabiduría, y acertó plenamente en la crítica. No debe olvidarse para juzgarlo, su ascendencia, su origen, sus gustos, sus aficiones literarias y filosóficas y la educación misma que había recibido. Para enjuiciar una literatura como la de estos países en formación literaria, llenos de profundas y oscuras selvas y amplios espacios de luz, se requiere una identificación total con el hombre y la tierra americanos. Un gran fervor y un gran amor. No bastan, a veces, la profundidad de la cultura, ni las corrientes filosóficas o sociales de la educación. Es indispensable una fina, una honda sensibilidad. Omer Emeth la tenía vigilante para ciertos problemas literarios de Europa, y con ello hizo un servicio positivo a la cultura chilena.

Omer Emeth fué seguido en su labor literaria, que desempeñó por cerca de treinta años consecutivos, por un público que le supo comprender. Lo guiaba en sus lecturas y sabía escoger las mejores palabras para decir su juicio. Francia vivía siempre en imagen y en sentimiento en su alma de estudioso y de solitario. Había ido a recobrarla en el corazón, pero la tierra de las hondonadas y del cerro, también había sabido encadenarlo, y de regreso, después de corta permanencia, se ha dormido en ella, rodeado de los admiradores que eran muchos y del respeto de todos.

DOMINGO MELFI.